

La geografía en tiempos de pandemia, colapso y reconstrucción

Entrevista a Ricardo Méndez Gutiérrez del Valle (Universidad Complutense de Madrid, España) por la Dra. Carina L. Davies, docente del Departamento de Geografía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional de Litoral (FHUC–UNL).

 10.14409/rl.v6i6.11954

¿Cómo ha sido el proceso de escritura de *Sitiados por la pandemia*,¹ respecto a tus anteriores producciones, considerando las particularidades de este contexto? ¿Cuáles han sido los principales incentivos y obstáculos para el análisis de una temática con un origen y un desarrollo tan inmediato y aún en proceso?

En 2020 nuestras sociedades se vieron sorprendidas y golpeadas por la rápida difusión de una enfermedad contagiosa, que fue declarada oficialmente pandemia global en el mes de marzo y que, desde entonces, se ha convertido en protagonista inesperada de nuestra vida, tanto personal como colectiva. Al asombro inicial, que ponía en cuestión la extendida creencia de que esas situaciones eran cosa de un pasado ya remoto o de territorios lejanos aquejados de deficiencias sanitarias notables, le sucedió la apremiante necesidad de comprender: ¿qué causas podían explicar esta situación?, ¿cómo se estaba difundiendo el virus? y ¿por qué algunos países, regiones, ciudades y grupos sociales padecían una alta incidencia de contagios y una elevada letalidad, mientras en otros casos esos procesos se retrasaban o resultaban de menor intensidad? Al mismo tiempo, la pandemia provocó de inmediato una crisis sistémica,

1 Ricardo Méndez Gutiérrez del Valle es autor de *Sitiados por la pandemia. Del colapso a la reconstrucción: apuntes geográficos* (1ª edición) y de *Sitiados por la pandemia. Del colapso a la reconstrucción: una geografía* (2ª edición), libros editados en septiembre de 2020 y junio de 2021, respectivamente, por Editorial REVIVES.

cuya gravedad se hizo evidente, pero con notables diferencias entre territorios. Todo ello suponía un reto para quienes, desde las ciencias sociales, nos interesamos por analizar e interpretar las transformaciones que definen nuestro tiempo y los problemas que provocan, como base para proponer alternativas razonadas y razonables.

A lo largo de mi trayectoria profesional siempre he considerado necesario recordar que, como testigos de nuestra sociedad y, al tiempo, parte integrante de la misma, los profesionales de la Geografía deberíamos buscar en nuestras investigaciones y en nuestra actividad docente aunar el interés científico (vinculado a la reflexión y el debate teóricos, las metodologías de análisis aplicadas, el rigor analítico, o la sistematización de los resultados alcanzados), con la relevancia social (vinculada con el interés de las temáticas elegidas, su vinculación a problemas y demandas existentes en el entorno, la mirada crítica sobre las injusticias sociales y espaciales observadas, o el compromiso con los más débiles). Mi dedicación prioritaria a la geografía económica se justifica por el convencimiento de que las bases materiales de nuestras sociedades son esenciales para comprender la organización del territorio a diferentes escalas, sus transformaciones y también sus contradicciones y desigualdades.

En ese sentido, buena parte de mi trabajo durante décadas se basó en intentar comprender la evolución del sistema capitalista y, en concreto, la lógica espacial del llamado *capitalismo global* característico de nuestro tiempo, sus dinámicas y sus crisis. En consecuencia, el libro *Geografía Económica. La lógica espacial del capitalismo global* (1997) propuso superar la tradicional geografía de las actividades económicas y su localización, por una geografía del sistema capitalista en esta fase histórica, los actores hegemónicos, sus lógicas de funcionamiento y los procesos estructurales que están en la base de esos mapas de localización. Veinte años después, como reflejo de los profundos cambios en el funcionamiento del sistema, el libro *La telaraña financiera. Una geografía de la financiarización y sus crisis* (2018) ha pretendido mostrar que, pese a su escasa tradición en nuestra disciplina, conocer y comprender mejor a los actores financieros, su inmenso poder, la progresiva imposición de sus lógicas de funcionamiento y de la llamada *gobernanza corporativa* no solo a buena parte de las empresas, sino también a otras muchas instituciones y a las dinámicas territoriales, con las crecientes desigualdades que se derivan, puede permitirnos hacer una mejor geografía.

Pero si la tendencia a la especialización es inherente al desarrollo científico, también conlleva lo que el filósofo español José Ortega y Gasset, al analizar la evolución de la universidad hace casi un siglo, calificó como “un saber cada vez más de cada vez menos”. Esa conciencia me hizo interesarme por una perspectiva geográfica más integrada, con especial atención hacia las cuestiones geopolíticas, que creo indisolublemente unidas a las geoeconómicas (*El nuevo mapa geopolítico del mundo*, 2011), o hacia los estudios urbanos, en especial los vinculados con el empleo y la vivienda (*Ciudades en venta. Estrategias financieras y nuevo ciclo inmobiliario en España*, 2019). También hacia el análisis de los impactos socioeconómicos y territoriales provocados por las grandes crisis sistémicas de las últimas décadas, tanto la de origen financiero en 2008 (*Atlas de la crisis. Impactos socioeconómicos y territorios vulnerables en España*, con Luis Abad y Carlos Echaves, 2015), como ahora por la de origen sanitario (*Sitiados por la pandemia*, 2020). En resumen, aunque esta última temática es nueva y en buena medida inesperada, mi interés inmediato por intentar comprender lo que nos ocurría, deducir sus implicaciones geográficas y discutir posibles alternativas de futuro creo que puede entenderse en esa trayectoria, que intentó buscar respuestas a problemas actuales.

Atreverse a publicar esa combinación de reflexiones y evidencias empíricas cuando el proceso pandémico estaba aún en su primera fase suponía contar con información aún escasa, desigual y de corto plazo. Por eso la primera edición de *Sitiados por la pandemia*, publicada en septiembre de 2020 y en formato electrónico de acceso libre, limitó su ambición a ofrecer unos *apuntes geográficos* donde lo importante no eran tanto los datos como proponer una *mirada geográfica* capaz de integrar múltiples aspectos vinculados con la pandemia desde una perspectiva propia. La segunda edición, publicada en junio de 2021, ha permitido ampliar la información, desarrollar algo más la reflexión, incorporar temáticas nuevas y por ello en el subtítulo se habla ya de *una geografía*, que, sin pretensión de exhaustividad, creo que permite tener una panorámica más completa. En cualquier caso, es el momento de que proyectos de investigación colectivos, con la perspectiva que da el tiempo, profundicen en aspectos concretos y en lugares múltiples para lograr así avances más significativos que desarrollen, confirmen o cuestionen lo que en este libro se propone como reto para animar a que profesionales más

jóvenes orienten en esta dirección parte de su trabajo. Desde mi actual estatus de jubilado, al margen ya del ámbito académico, espero haber cumplido con esa labor inicial de animación.

¿Cuál consideras que es el rol de la geografía como ciencia social en este contexto? ¿Dónde podría residir la especificidad de su mirada, de sus aportes, de sus reflexiones?

La pandemia es un fenómeno transversal, con implicaciones múltiples que retan a todas las ciencias sociales. Pero desde los primeros momentos, cuando se decretó el confinamiento domiciliario masivo y nos enfrentamos a una especie de *estado de sitio*, la componente espacial del proceso se hizo muy evidente. El brote surgió en un territorio donde ya se habían iniciado epidemias anteriores como la del SARS en 2002, o la llamada gripe aviar en 2003, porque en él se dan las condiciones para la aparición de enfermedades zoonóticas, provocadas por patógenos residentes en alguna especie animal y que entran en contacto con población humana, ya sea por invasión de esos ecosistemas, existencia de granjas industriales sin condiciones higiénicas adecuadas, o presencia de los llamados *mercados húmedos*. El contagio se difundió a través de unos canales privilegiados como fueron las rutas aéreas internacionales y llegó primero a grandes ciudades bien conectadas, desde donde se propagó a otros territorios, con especial rapidez e intensidad allí donde la elevada densidad e interacción favorecieron la transmisión comunitaria.

Tal como ocurrió a lo largo de la historia, la principal medida para frenar la curva de contagio consistió en limitar de forma brusca la movilidad a todas las escalas, aumentar la distancia física y evitar las aglomeraciones. Se establecieron cierres perimetrales para impedir los movimientos a través de fronteras interestatales o límites administrativos intraestatales y se discutió el modo más adecuado de avanzar en el desconfinamiento, diferenciando las medidas a tomar según la incidencia en cada territorio. Por último, si la gravedad del proceso se mostró desigual desde el primer momento en función de las características personales (edad, patologías previas, etc.), también se hizo patente una vulnerabilidad desigual según las condiciones de vida y trabajo (características de las viviendas, posibilidad de acceder al teletrabajo, etc.) y la calidad del entorno (comercios y servicios de proximidad para limitar los desplazamientos, dotación

de servicios sanitarios y asistenciales, de espacios libres o de transportes colectivos no saturado, etc.). En definitiva, la pandemia nos hizo más conscientes de que el lugar en que vivimos y las relaciones que mantenemos con el entorno son parte esencial de nuestra vida personal, pero también de que el acceso a viviendas dignas donde poder confinarse, así como los bienes públicos a que podemos acceder, condicionan decisivamente eso que denominamos la calidad de vida colectiva, por lo que las desigualdades sociales y territoriales en el acceso a la salud se hicieron muy evidentes.

Al mismo tiempo, la crisis económica y social que desencadenó la pandemia, aunque generalizada en la práctica totalidad del mundo, tuvo también una intensidad muy diferente según territorios, con una gravedad que no ha resultado un simple calco de la mayor o menor incidencia y letalidad del contagio. Así, por ejemplo, en España los archipiélagos de Baleares y Canarias se vieron parcialmente protegidos por su insularidad y la mayor facilidad para controlar el acceso, lo que supuso menor incidencia de contagios y desconfinamiento más temprano, pero en cambio padecieron el mayor impacto en términos económicos y de destrucción de empleos por su excesiva especialización en un sector turístico muy dependiente de unos viajeros internacionales que se redujeron en un 90% en 2020. Es decir, los territorios mostraron una vulnerabilidad socioeconómica muy desigual frente a la crisis pandémica según su grado de exposición y sus propias debilidades internas, lo que hizo surgir nuevos mapas de la crisis que aún están por elaborar e interpretar con suficiente precisión.

La pandemia es, sin duda, una amenaza colectiva cuyos costes económicos, sociales y personales resultan evidentes. Pero me parece igualmente una oportunidad para que los geógrafos trabajemos en desarrollar una conciencia colectiva sobre la importancia de la dimensión espacial, no sólo para conocer mejor lo que está ocurriendo, sino para comprender también algunas de sus claves y orientar acciones de respuesta adaptadas a las necesidades y posibilidades de los diferentes territorios.

En ambas ediciones de tu libro analizas la forma en la cual espacios, grupos sociales, actividades económicas se han visto desigualmente afectados por la pandemia, ¿entiendes que ello podría conllevar algún cambio significativo en la dinámica espacial capitalista o más bien reforzaría sus lógicas definidas históricamente?

Mi preocupación por el rumbo que ha seguido el mundo en las últimas décadas, como reflejo de la lógica imperante en el actual modelo de capitalismo —crecientemente financiarizado, globalizado y basado en una racionalidad neoliberal hegemónica—, ha aumentado en estos últimos años, porque me parece evidente que sus contradicciones se acentúan. La temática del desarrollo desigual nada tiene de nueva, pero creo necesario renovar nuestros argumentos a partir de las nuevas evidencias que van apareciendo sobre las múltiples manifestaciones y escalas de esa desigualdad.

La crisis pandémica permite profundizar en alguna dimensión de la desigualdad poco analizada en la bibliografía previa sobre esta temática como es la referida al acceso a la salud, mostrando de forma descarnada que una parte de la población —sobre todo en las megalópolis del Sur Global, pero también en otros muchos lugares— son *ciudadanos sin derecho a cuarentena*, por utilizar la expresión de la profesora Ana Fani Alessandri Carlos en el libro colectivo sobre ciudad y crisis que coordinó al inicio del proceso. En cualquier caso, todas las crisis —sean de origen industrial, financiero, político o sanitario— siempre golpean con mayor intensidad a los más débiles, aquellos que tienen menos recursos y capacidades para enfrentar sus consecuencias, sobre todo si no cuentan con un apoyo público suficiente para paliar algunos de sus costes. La crisis actual no me parece diferente y, por tanto, en *Sitiados por la pandemia* se analizan múltiples indicadores que, a diferentes escalas, apuntan ese agravamiento de la situación. Pero, dicho esto, también hay que aclarar que no se trata de ningún determinismo, sino que serán las respuestas que se den desde el Estado y desde la sociedad civil organizada las que van a definir cómo se reparten esos costes.

Abordas, particularmente, los cambios metropolitanos en términos del impacto inmobiliario, del surgimiento de nuevos pobres, de las restricciones a la movilidad, entre otros aspectos. A partir de ello, ¿cuáles percibes que serán los principales nuevos retos para estos espacios en la pospandemia?

¿Ciertas características (morfológicas o funcionales) permitirán que algunos de ellos tomen ventajas respecto a otros?

No cabe duda de que esta pandemia ha provocado una crisis principalmente urbana y, sobre todo, metropolitana. Se ha puesto así de manifiesto que su mayor integración en el proceso de globalización proporciona a las grandes áreas urbanas algunas ventajas competitivas, pero también mayores riesgos derivados de esa inserción exterior. En primer lugar, es conocido que en su interior suele encontrarse lo mejor y lo peor de nuestras sociedades, lo que en los términos que ahora interesan supone la existencia de un gran número de pequeñas empresas y trabajadores autónomos con escasos recursos, numerosos empleos informales sin ningún tipo de protección legal, grupos sociales que enfrentan situaciones de desposesión, barrios con elevados déficits de vivienda digna, saneamiento, transporte colectivo o servicios sociales en materia de salud y de cuidados. Esa combinación de riesgos externos y fragilidades internas se traduce en una elevada fragilidad ante situaciones de crisis que se acentúa, sobre todo, en determinadas periferias urbanas, algo bien conocido antes de la pandemia y que ahora se repite bajo nuevas manifestaciones, pero basadas en la misma lógica.

En segundo lugar, sin embargo, creo que la pandemia ha reactivado algunos debates en materia urbanística. Por una parte, el existente entre los modelos de ciudad compacta y ciudad difusa. Si en un primer momento algunos consideraron que las elevadas densidades urbanas eran un factor de riesgo que aceleraba la difusión del virus, también se ha comprobado que las ciudades que se extienden sin apenas confines exigen una movilidad diaria forzada que ha sido un vector de contagio y no permiten beneficiarse del fácil acceso a comercios y servicios esenciales de proximidad. Por otra parte, los espacios públicos se revalorizan como elementos estructurantes del tejido urbano, tanto las zonas verdes como los espacios abiertos o un viario que facilite y anime el tránsito peatonal o vinculado a la ahora denominada micromovilidad activa. Por último, igualmente se han reactivado los argumentos favorables a la mayor integración de usos urbanos frente a una zonificación que obliga a constantes desplazamientos, lo que supone concebir los barrios como espacios de vida, capaces de satisfacer en su interior un buen número de funciones básicas. La propuesta surgida en París sobre la *ciudad de los 15 minutos* ha alcanzado bastante popularidad en ese sentido y, aunque las

posibilidades de traslación a modelos urbanos diferentes a los europeos resultan limitadas, me parece que sus reflexiones sí abren un debate de interés sobre qué ciudades pueden ser más habitables y, al tiempo, más resistentes ante las futuras crisis que vendrán.

¿Consideras que, en relación con la construcción social del espacio, en verdad transitamos hacia una “nueva normalidad”? ¿Qué elementos o procesos crees que podrían conducir hacia ella y cuáles ejercerían una fuerza opuesta para mantener o regresar a la “antigua normalidad”?

Estoy convencido de que las sociedades no tienen marcha atrás y que todas las grandes crisis son momentos de ruptura, que ponen en marcha procesos de transición hacia lo que ahora se ha dado en llamar “nueva normalidad”, que siempre hereda rasgos de la anterior e incorpora otros que se van definiendo con el paso del tiempo. No creo que ahora vaya a ser diferente y me parece que algunos componentes de esa transición ya son visibles, pero lo que está por definir es el rumbo hacia el que transitamos y no va a ser un virus quien lo haga, sino que se trata de un proceso de construcción social, con lógicas subyacentes a menudo económicas y que encuentra su principal reflejo en decisiones políticas.

Cuando la pandemia apenas acababa de aparecer en el horizonte, algunos intelectuales nos obsequiaron reflexiones de urgencia sobre la nueva situación y su significado que dieron lugar a numerosas publicaciones breves que, a falta de evidencias, ofrecían sobre todo opiniones. Entre ellas alcanzó cierta notoriedad el libro *Pandemia*, escrito por el filósofo Slavoj Žižek quien, simplificando al extremo su principal argumento, planteó que la única alternativa de futuro posible que se evidenciaba tras la pandemia era comunismo o barbarie. Aunque, más allá de titulares mediáticos como este, su reflexión era algo más compleja, abrió un debate en ciertos medios que solo investigaciones concretas sobre las tendencias reales en curso pueden superar, profundizar y hacer más complejo.

Desde mi punto de vista, sí coincido en que la COVID-19 —no entendida como un simple accidente pasajero— supone un nuevo cuestionamiento de una gestión neoliberal que ha incrementado la vulnerabilidad de nuestras sociedades y de muchos territorios frente a amenazas como la actual. El deterioro y/o la privatización de los servicios sanitarios y de cuidados, la explotación intensiva de los territorios con fines

extractivos a partir de una lógica financiarizada, la precarización del empleo, la mercantilización de la vivienda, el aumento de las brechas sociales, la creciente segmentación del espacio urbano y, en definitiva, la subsidiariedad de la acción estatal no son el origen de esta crisis, pero han facilitado que sus efectos sobre las condiciones de vida hayan sido más intensos y especialmente graves para algunos grupos sociales y territorios. Pero eso no significa que los poderosos intereses que sostienen la hegemonía de la racionalidad neoliberal y la defensa del *statu quo* se hayan debilitado como para hacer posible una transformación del sistema de suficiente entidad al margen de una presión social y una acción política decididas a impulsar esos cambios.

Es cierto que son muchos ahora los conversos al neokeynesianismo o a lo que Stiglitz ha calificado como *capitalismo progresista*, incluyendo instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional, la Comisión Europea y otras. Pero, al menos en el caso español, las estrategias de reconstrucción puestas en marcha parecen a menudo más continuistas que transformadoras: se impulsa la reactivación económica acelerada, sin cuestionar a fondo su sostenibilidad, el reequilibrio territorial o un más equitativo reparto de sus beneficios; se apuesta por recuperar las cifras de empleo anteriores a la pandemia, suponiendo –contra toda evidencia– que eso mejorará su calidad y estabilidad; se acepta elevar el endeudamiento público para financiar buena parte de la recuperación, pero no se vincula necesariamente a una fiscalidad más progresiva; se habla de dinamizar las ciudades, aunque eso suponga eliminar ciertos controles urbanísticos y ambientales.

Ahora que tanto se usa el concepto de resiliencia, creo que es bueno recordar que para que esta sea inclusiva exige que, además de buscar una adecuación eficaz al nuevo contexto y una reconstrucción interna, se produzca una verdadera renovación que transforme aquellos aspectos de la situación anterior que se han demostrado disfuncionales para sustituirlos por otros que avancen hacia territorios más resistentes y justos. Para lograr avances en esa dirección, no dudo que un Estado que cumpla en mayor medida sus funciones de regulación, promoción y protección social, junto a una ciudadanía organizada que, además de iniciativas solidarias para atender a los más golpeados por la crisis pandémica, presione en favor de cambios estructurales y refuerce su presencia en diferentes tipos de prácticas sociales alternativas, serán los actores esenciales.

Desde cierto escepticismo con las tendencias que observo año y medio después de que estallase la pandemia, no me resisto tampoco a recordar lo que el escritor mexicano José Emilio Pacheco escribió en su libro *La edad de las tinieblas*: “la esperanza, por absurda que sea, triunfa siempre sobre la experiencia abrumadora”. Ojalá quienes desde el mundo académico observamos la realidad circundante no nos sintamos ajenos a ella, profundicemos en un análisis crítico del malestar en nuestra sociedad y seamos capaces de alimentar esa esperanza con conocimiento y propuestas que nos hagan más resistentes a las enfermedades, tanto la vírica como la social.